

HPR/116

Miguel Angel Zapata. *Lumbre de la letra*. Lima: Ediciones El Santo Oficio, 1997.

En este nuevo libro de poemas el poeta peruano Miguel Angel Zapata explora las posibilidades expresivas del poema en prosa. Si bien el poeta dispone sus composiciones respetando la puntuación común de la frase y prescindiendo del espaciado en la página típico del verso, su concepción del poema en prosa es intensamente lírica. Su lirismo no depende del verso sino de la calidad de las imágenes que brinda a sus lectores y de la exaltación emotiva que presenta el sujeto poético en

cada poema, eso que podemos llamar en poesía la “elevación” espiritual. ¿Cómo logra Miguel Angel esa elevación espiritual? La logra fundamentalmente a través del erotismo espiritual. El autor nos advierte en “Para evitar un prefacio” que el título del libro iba a ser “Mi cuervo anacoreta” (que pasó luego a designar la primera sección del libro), y que el poeta mexicano José Emilio Pacheco le sugirió llamarlo *Lumbre de la letra*. Ambas imágenes: el cuervo anacoreta y la lumbre de la letra, sintetizan el registro por el que Miguel Angel Zapata despliega su imaginación poética: la eroticidad que representa la presencia alegórica fálica del cuervo, de larga tradición literaria, y la fuerza que representa la unión de la escritura con la luz, la fuente de calor y vida iluminando la vida y la pasión de la letra, de la palabra poética.

En esa primera sección: “Mi cuervo anacoreta”, Zapata explora las distintas posibilidades de la imagen visual, relacionando el cuervo alegórico con la escritura. Sus imágenes son siempre “relacionales”, asocian lo visual con lo mental, a la manera en que lo hacían los simbolistas. Vincula el cuervo “anacoreta”, solitario y místico, de negro plumaje sedoso y brillante, con el canario, el pájaro doméstico que asociamos con la belleza, el canto bello y la luz del sol a la que alude su intenso plumaje, casi siempre de un amarillo vivo, y al loro verde, tropical y erótico. Su cuervo, dice, es “más vivo que loro verde...” (13). Como su escritura, el cuervo “brilla”, es un ave fulgurante que “se posa en mis papeles” (13). De alguna manera, el cuervo le presta al poeta ese fulgor que trata de imprimir a su imagen, el color vivo unido a la luz irradiante, es decir la lumbre. Esta parece ser la búsqueda poética de Zapata: dotar a su imagen de un sentido “irradiante”. Su imagen proyecta rayos de luz que podemos captar con nuestra imaginación visual al leer sus bellos poemas.

Los poemas de esta primera sección se inician como un diálogo entre el poeta y el cuervo. El hablante lírico se identifica con el cuervo, podría muy bien decir: “el cuervo soy yo”. Y el poeta lanza a

HPR/118

volar su visión y las imágenes que la describen. “Escribo en la ventana”, “La casa de la cuesta”, “El espacio del poema es un río”, “El cañón del Colorado”, “Si todo el cielo fuera una campana”, son “poemas de altura”, poemas en que la visión asciende para pintar lo que ve, y lo que ve habla intensamente a los sentidos del poeta. Son poemas sensuales. Las alusiones eróticas son sumamente felices: sus descripciones de la naturaleza se asocian a imágenes de erotismo familiar, de vida erótica satisfecha, evitando el tópico de la ardiente persecución imposible, tan común en el mundo de la poesía erótica. Dice en “El espacio del poema es un río”: “Su cuerpo recién salido de la ducha se desdobra bajo las cuerdas de un chelo. Escribo el rumor de su cuerpo refrescándose en el agua. La veo salir desnuda con sus muslos firmes, y sus piernas me sugieren besos en el pozo de la dicha.” (24). Son imágenes de amor consumado, de felicidad y satisfacción erótica, en que el placer del cuerpo se une al placer de la visión y al placer de la palabra. No son poemas de erotismo trágico. El erotismo se asocia a la misión generadora de la naturaleza. Por eso el poema lírico es en este caso una celebración de las potencias de la vida y de la potencia generadora de la palabra poética. Igualmente, el poeta no lucha con la palabra poética y con la imagen, sino que la celebra, la exalta. Dice el poeta: “Me siento satisfecho porque aquí la nieve desaparece con el sol de la montaña”. Podemos vincular esa satisfacción a la poesía bucólica, que indica una buena relación entre el hombre y la naturaleza. Es esta misma relación satisfactoria la que parece registrar esta poesía de Zapata: el hombre es uno con la naturaleza, con el amor erótico, con la celebración de la palabra. Son poemas que agradecen a la naturaleza el placer y la felicidad de estar vivo.

Sus imágenes, sin embargo, difícilmente podrían ser consideradas naturalistas: son una fusión entre la imagen libre de la metáfora surrealista y la observación natural realista. Ambas están al

servicio, como en todo buen poema en prosa, de las meditaciones poéticas del hablante lírico. Y el centro de estas meditaciones es el poder de la palabra poética y el misterio de ésta, que el poeta siente profundamente. Es justamente esta meditación envolvente sobre la palabra poética, asociada a las imágenes de la naturaleza y a las imágenes eróticas, las que dan al poema su carácter más convincente desde el punto de vista poético: pareciera que las imágenes eróticas y de la naturaleza son metáforas indirectas para hablar del poder arrollador de la escritura y la palabra poética, esa unión mística y carnal entre el poeta y la letra.

Cuando el poeta habla de espacios sociales definidos, vinculados a su experiencia personal, como en “Brookings Hall”, da a esos lugares un sentido simbólico, y hasta mítico. Su testimonio de “Saint Louis” (43) se asocia al río, a la eroticidad del cuerpo, al espacio urbano, al lenguaje del poema, al rumor, a las memorias personales del yo que anima el poema. En la sección “Museo de piedra”, el substrato mítico del poema se acrecienta: el poeta busca nombrar el secreto que anima a Machu Pichu y a Nazca. Una de las secciones más logradas del libro es sin duda: “Los muslos sobre la grama”. En la poesía erótica el poeta logra unir mejor su amor a la naturaleza y su amor al cuerpo. Son poemas de una eroticidad sosegada, una celebración del amor satisfecho y logrado, de la posesión conyugal. Es un amor que huele bien y sabe bien, un pan necesario. Aún en el poema “Los muslos sobre la grama”, la visión de una muchacha corriendo por el cementerio, lejos de llevar al poeta a alimentar pensamientos trágicos de pérdida, lo lleva a la conclusión de que “...la muerte no era un tema de lágrimas sino más bien de gozo...” (57). Eroticidad sosegada y gozosa, desde la cual la sensualidad se comunica con la vida y con el arte, con la letra. Son estos los dos registros que mejor caracterizan los logros de este poemario. La sección “El cielo que me escribe” es el complemento necesario a “Los muslos sobre la grama”. Aquí el poeta logra su mayor

HPR/120

espiritualidad, hasta llegar a tocar alturas religiosas. Es la sección más melancólica del libro, en que el poeta celebra a su dios en “La casa del alma” y en que asocia, en “Yerros”, el sacrificio pascual con el renacer de la vida. En “Te alabo al son del arpa”, dice el poeta: “Oh Señor, te alabo al son del arpa, desnudo, casi vencido, despedido, sin palabras y sin fe” (34). Sólo ante dios manifiesta esta humildad la voz poética, sólo frente a él se reconoce como “niño entusiasmado”. Su religiosidad no es dolorosa, es placentera. Aún el don de la letra es un don divino que llega del espacio en “El cielo que me escribe”. Las imágenes que presenta Zapata en su poesía son siempre provocativas y misteriosas, sugerentes, como en el poema que cierra el libro, “Mi cuervo toca Ravel”, cuando dice: “la región luciente derrota al metal retorcido del fin de siglo” y “difícil vivir solo de la hermosura” (67), y muestran al poeta en total posesión de su arte expresiva.

Es éste un poemario de síntesis, un casamiento entre el amor y la letra, entre la imagen libre vanguardista, la imagen realista y la meditación filosófica, entre la fuerza del hablante lírico y la imagen en prosa. En este viaje poético, en esta búsqueda, Miguel Angel Zapata pasa de la consciencia al “desvanecimiento” de la razón (dice en “Las nueve esferas”, al cerrar el poema: “...a lo lejos, la Razón se desvanece” -31). El sentimiento erótico es la fuerza generadora de su visión poética. Fuerza generadora que se encarna en el cuervo volador, la “musa” poética de todos aquellos poetas que, después de Edgar Allan Poe, han buscado en el misterio del yo y la naturaleza la fuente de la vida.

Llegados ya a este fin de siglo podemos mirar, no sin nostalgia, el legado poético de los grandes vates hispanoamericanos y la contribución de Perú a ese legado: José Santos Chocano, César Vallejo, Carlos Germán Belli, Antonio Cisneros, este último nacido en 1942. Si pensamos en las generaciones poéticas más jóvenes, el nombre de Miguel Angel Zapata se destaca por la originalidad de su poesía, por la

HPR/121

riqueza de su expresión poética, por su visión de síntesis, tan acorde al sentir de nuestra postmodernidad. Su expresión, que transita entre la fe y el erotismo, revitaliza el sentir poético en nuestra lengua, en la que, precisamente, la fe y el erotismo han creado una conjunción única, que es el aporte mayor de esa poesía a la poesía universal. Nadie ha sentido mejor la poesía que los místicos, son nuestros grandes surrealistas. Miguel Angel Zapata medita en el misterio del amor e indaga en el sentido de la naturaleza y se proyecta como una voz poética distinta que busca permanencia lírica en la fuerza de nuestro idioma.

Alberto Julián Pérez
Texas Tech University